

Saludo de Marco Impagliazzo

Buenas tardes

Mis palabras son de agradecimiento en nombre de la Comunidad por la presencia de muchas personas en esta celebración de aniversario, el cincuenta y dos, de Sant'Egidio: doy las gracias a todos por estar aquí y acompañar nuestro camino en Roma y en el mundo. Saludo a todos los presentes y quisiera dirigir un saludo particular a la señora ministra de Interior, Luciana Lamorgese, agradeciéndole la colaboración en varios corredores humanitarios y la integración de los migrantes. Un gracias de corazón a los señores cardenales y a los obispos y al señor cardenal Secretario de Estado, Pietro Parolin, por sus cariñosas palabras que nos invitan a la responsabilidad, a ser sal y ser luz. ¡Estamos agradecidos por su presencia! Le rogamos que transmita nuestro agradecimiento y nuestro cariño al Santo Padre Francisco. Con el papa, nuestro obispo, soñamos una Iglesia pueblo de todos, sin excluir a nadie, para que la misericordia del Señor toque el corazón de todos, sin excluir a nadie.

Hoy, con usted y todos los que están en esta catedral de Roma, miramos al futuro de nuestra ciudad como una ciudad fraterna. Hacia este sueño se mueve una Comunidad en salida hacia las periferias de la ciudad y del mundo. La ciudad siempre ha sido nuestro horizonte, desde los inicios. Sobre todo la ciudad oculta y desconocida, la de las pobrezas y la exclusión. Los primeros niños de la escuela de la paz, Andrea y sus amigos los conocieron a orillas del Tíber, en chabolas –a finales de los años sesenta había muchísimas– pobladas por aquel entonces por inmigrantes del sur de Italia. Allí nació la Escuela de la Paz y muchos itinerarios de solidaridad que llegan hasta nuestros días. La Palabra de Dios era nuestra brújula; la ciudad, nuestro horizonte.

Roma nos abrió a lo universal, desde Roma conocimos muchos mundos, a menudo de pobreza y de conflicto. Aquí nació también nuestro trabajo por la paz, que usted conoce bien, y que ha citado, Eminencia. Hoy la paz es el deseo de millones de personas, en un mundo dividido y marcado por conflictos de distinta índole. No hemos eludido esta responsabilidad, la de buscar la paz. Decía Juan Pablo II: "La paz es una obra abierta a todos y no solo a los especialistas, a los sabios y a los estrategas. La paz es una responsabilidad universal: pasa a través de mil pequeños actos de la vida de cada día". Hoy sentimos que esta invitación es aún más actual. Queremos ser un motivo de aliento y un camino para quienes no creen en la lógica del enfrentamiento, de la contraposición violenta, del odio, trabajando cada día para vencer los conflictos, las lógicas de división y recoser el tejido de la sociedad allí donde esté rasgado. En muchas situaciones es necesario tener una mirada profunda, pero también amiga y participe, libre del distanciamiento del observador asustado. ¡No podemos ser indiferentes! Cuando nos visitó en Trastevere, el papa Francisco nos dijo: "Continúen por ese camino: oración, pobres y paz. Y caminando así ayudan a hacer crecer la compasión en el corazón de la sociedad –que es la verdadera revolución, la de la compasión y la ternura–, a hacer crecer la amistad en lugar de los fantasmas de la enemistad y de la indiferencia".

La vida en la periferia de Roma y en las periferias humanas y existenciales del mundo nos ha dado muchas lecciones. Nos ha enseñado mucho. Ante todo, a crecer en humanidad. Los encuentros con personas de toda situación y proveniencia, año tras año, han sido nuestra escuela: la calle como una historia. Aquellos que nosotros que

han conocido a un pobre y se han parado a escucharlo, se han hecho amigos de él y han recibido algo que no habrían imaginado. Es lo que vivió Francisco de Asís, que tras el encuentro con el leproso dijo que el Señor había transformado en dulce lo que le parecía amargo. Eso mismo puede pasar en la vida de todos nosotros. Y con los pobres, podemos conocer a muchas personas.

Deseo que todos nosotros, junto a la Comunidad de Sant'Egidio, seamos cada día hombres y mujeres que buscan lo que une y dejan a un lado lo que divide. Nuestro mundo lo necesita urgentemente. Gracias por su presencia.

Letrán, 08/02/2020